



5 / Guayaquil
II semestre 2020
ISSN 2631-2824

Fragua futura

**Compilación de
María Paulina Briones Layana¹**

Construir colectivamente horizontes, instalarnos en el presente es una potestad que aún tenemos. Cada año es trascendental en este calendario humano, pero es innegable que hay otros tiempos que se potencian desde la escritura. En el noveno mes del año de la peste la poesía agrieta el tiempo y nos propone ralentizar la experiencia de la muerte, acunar la melancolía, situar la mirada más allá del silencio. Para fraguar un futuro será necesario desaprender y precipitarnos hacia el enjambre de nuestras voces suspendidas.

167

1 María Paulina Briones Layana (Guayaquil, 1974). Creó La casa morada en 2009 y dirige la editorial Cadáver exquisito desde 2012. Estudió Literatura en la Universidad Católica de Guayaquil. Tiene una maestría en Edición por la Universidad de Salamanca y en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Barcelona. Es docente en la Universidad de las Artes en la Escuela de Literatura y en la maestría en Políticas Culturales y Gestión de las Artes. Pertenece a La colectiva, Asociación de librerías y editoriales autogestionadas de Guayaquil. Es doctoranda del programa "Español: investigación avanzada en Lengua y Literatura", de la Universidad de Salamanca.

Guayaquil *steampunk*: Tricentenario 1820-2120

Gabriel Fandiño²

Descripción: Visión de Guayaquil imaginado como en un retro-futuro; es decir, un futuro *steampunk*, como si nunca hubiese cambiado su estética decimonónica, y toda la tecnología hubiera evolucionado a partir de la unidad visual propia del siglo XIX. Después de 300 años de independencia, es una urbe monumental y de espíritu megalómano, donde el culto a los héroes de 1820 es casi una religión.

2 Gabriel Fandiño (Venezuela, 1979). Diseñador gráfico, ilustrador, músico, escritor. Involucrado en el mundo editorial de los periódicos y el cómic local, también se dedica a la investigación histórica, sobre todo a hechos concernientes al siglo XIX en Ecuador y el mundo.



Carpe mortem

Luis Carlos Mussó³

Terror de te amar num sítio tão frágil como o mundo
Sophia de Mello Breyner

170

Nada de lo que escribo se parece a la noche, y todo lo que escribo se parece a la noche: la raza melancólica pasa inadvertida como barco fantasma que atraviesa, en tiempos que no existen, la bruma griega. Porque divulga su médula en tanto dique de luz que cae en picada sobre tardes achatadas en los polos. Y los nombres que desgastamos al unísono como quáseres de la sangre, como cerdos de la dicha, como palabras hospitalarias donde pretendimos bóvedas para antes y después de las fiebres. Y en el Jardín del Dolor quebramos miles de botellas contra el vacío para inaugurararlo en una ceremonia de botamiento con palomas de carbón hecho celliscas.

Porque estas manos baldías son cuenco para bebidas tristísimas,

buscan parentesco con andanas que remolcan nuestro delta hacia la noche.

Porque todos guardamos un órgano delator piel adentro

3 Luis Carlos Mussó (Guayaquil, 1970) ha publicado doce poemarios entre los que figuran *Propagación de la noche* (2000), *Tiniebla de esplendor* (2006), *Cuadernos de Indiana* (2014) y *Mea Vulgatae* (2014). También las novelas *Oscurana* (2011) y *Teoría del manglar* (2018), además de *Épica de lo cotidiano* (2013, ensayo) y *Rostros de la mitad del mundo* (2015, semblanzas). Diez veces premio nacional de literatura, es doctor (c) en Letras por la Universidad de Alicante y se desempeña en la cátedra. Sus colaboraciones han sido traducidas a siete lenguas.

y estridentes hebras de muerte retumban en labios de
un ejército

y tu voz derrumba mis murallas cabalgando esta
ceguera: presiento

un diente de león que vuelve después de volar sobre
el mundo,

es el mismo diente de león que solté en los
aterradores años de la infancia

y que ahora duda si estallar sobre mi mano o en mi
cráneo

sus asteroides negros.

A cada muralla, en el clamoroso silencio de zarzas
trenzadas con alambre de magnesio, adquieres el gesto
del que habla a la vera de las ruinas de un río. El tren
que somos zigzaguea entre galaxias indudables; del tren
que somos nos apeamos, agujero negro recién descubierto:
con los nombres expuestos nos pensamos entre astas de
un ciervo malherido. Liberas a los mastines del deseo
de sus bozales, porque a cada jornada concierne menos
el edicto de las palabras. Y una escuadra de halcones se
asoma al abismo igual que cuando los nombres me hablan
en lenguas muertas y despeñan ladrillos de adobe: más
certero que el abandono de orquídeas de agua, que la
oquedad de la muerte, que la zanja cuarteada en mitad
de este desierto mío.

171

Enarcas la existencia como rama de la acacia

en la que se posa el error de los leucocitos. Mi
nombre,

en tu voz, fagocita un reguero de renglones. Cómo
derivar

el texto de los muertos hacia el borde de una isla de
desechos

—plástico, latas de aluminio, madera postergada—,
toda vez que las aves marinas colisionan sus teoremas
paralelos al agua que migra, aunque la suya sea otra
guerra,
aunque el bulto que parpadea en sus gargantas
sea el dialecto de la imago indiscutible
—en la silueta ocre de los muertos—.

172

Nuestra memoria se dobla sobre el estero como sauce que
somete el cuello ante una cuchilla de jade al atrapar
la neblina en un frasco. Teníamos ampollas grapadas a
las manos, murallas de piel que inventaban consignas
resueltas, teníamos el cuerpo ancho como un bosque
sin el rostro preciso, como un barco de arena, como
rompehielos en la espesa Antártida, como estalactitas
en la lengua, como su cabalgadura de consigna musgosa.
Y en una noche degollada por la luz, un ángel ciego
posa el dedo índice en sus labios ligeros como el
cráneo de un colibrí, junto al libro donde una manada
de bisontes arrasa nuestros susurros de coral color
cobalto. Posas la mano sobre esos labios suficientes,
temeroso, igual que ante el corpulento percherón que
derrota nuestra confianza —estrecha como espolones de
una mantarraya surcando la lengua—.

Se ve al cielo desde el llano Chajnantor en el
desierto de Atacama,
se lo escruta desde Mauna Kea, desde el Observatorio
de Arecibo
y el de Pingtang. Millones para el personal, para la
infraestructura,
pero no instalo paneles ni empino detectores de luz

para buscarte. Con ojos cerrados en este otro
desierto, te ansían los arneses

de mi sangre. Y mis dedos quebrados sangran luz
porque las mitades no existen.

Llamas le llamas a esto que somos. Y un río clausura
la muerte

en mis ojos como quinqué de luciérnagas. Y se yergue
un ángel

de hielo clandestino. Y un caballo de madera ingresa
a mis adentros.

Como dientes de león que vuelan en manada, ángeles de
la muerte se empinan hacia el matadero: fraguan el
satélite que ingresa en mis arterias dibujando témpanos
en la sanguaza. Y el cielo de la boca muta en agua
desnuda, en origami profundo a ras de noche. Y en la
paginación del tedio mis manos sangran con cada pérdida
de luz, en la mirada neutra de mi padre muerto, en sus
manos tías que hacen inventario del mundo.

Fragmento de libro inédito

Andrea Crespo Granda⁴

No tengo posesiones ni dinero, sin embargo, mis Padres han labrado un terreno de tal forma que está listo a mi llegada. Y al inicio del día ocupo un trono compuesto de plumas azules y escribo poemas sin desarticularme hasta la media noche o hasta que un astro se encuentra perpendicular a mi coronilla.

Mis Padres me alimentan con todo lo que pido –bayas, diversas aves, almendras y cráneos de quienes me han infundado–.

174

Todo esto hacen hasta que el poema fabrica selvas en sus uñas. Pero la lubricidad es un silencio, solo se presentan apariciones: zarzas ardientes en el filo de las veredas. Entonces, el silencio del espino lubrica las garras y empiezo a desmembrarme; mis Padres ya cuentan con una caja de herramientas en caso de perder algún nervio o ligamento.

Todo esto hacen para que el verso no deje de colocar las selvas en sus uñas y puedan dormir en las lianas que se construyen contra las hojas, contra los astros y contra el silencio.

Me bañan mis Padres y arropan mi cuerpo con sus escamas, aun cuando la mano sigue soñando el poema.

4 Andrea Crespo Granda (Guayaquil, 1983). Ha publicado los poemarios *L.A.Monstruo* (Cadáver exquisito ediciones), *Registro de la Habitada* (Premio Aurelio Espinosa Pólit 2016) y *Libro Hémblico* (Premio David Ledesma Vásquez 2017). Es docente de la Universidad de Las Artes

1

Temporadas

No he escrito nada serio desde que vi el mar y el
fuego.

Esto que era una niebla es la casa bordada de ramas:
cuadrantes de árboles la protegen.

La sal se quema y cruje como mi espalda ensortijada
con una lamida de buey y los columpios del recreo.

He escrito

y después de 7 lustros regreso como Lázaro tras de
una breve siesta.

Sacudo las espinas y el polvo de mis ropas.

Esto que era la infancia es una caverna,

175

una insinuación

en el breve espacio

en el mar de fuego.

El señuelo de algodón baila en el iris del mar,
en un cementerio de anémonas.

Empiezo a reconocer esto que escribo
titubeando en el filo de la cuchilla

—me aturdo—.

Ser pequeña nube cernida sobre la cabeza, vigilia de
metáfora que perdura en los siglos.

Y hoy, la pausa colma.

Puede caber en una ola. En un nautilo invertido.

Mientras otros siguen descifrando el intento de la
vía láctea.

I.a. Temporada de avispas

Las avispas se engordaban con la sangre que caía
despacio y sin rigor, desde los canaletes azulados de
la casa.

Arroyuelos místicos añejando coágulos oscuros y
pesadillas lunares.

176

El aguijón de los insectos cobró venganza en las
sílabas de los ancianos y se insertó, meditabundo, en
las palmeras.

Una tarde, las avispas ingresaron a la casa. Fue un
enjambre perfumado de vicios y anécdotas. De pronto,
el Obispo dictó una homilía —pero solo yo podía ver
su sustancia de insecto—.

En los espejos su engaño caía,
eran costras de panela ardiente.

Estos fueron los tiempos en los que aprendí a
esconder las manos ante el fervor.

Jornadas de la tristeza

Fragmento libro inédito

Tina Zerega Garaycoa⁵

1.

¿quién puede ser el Historiador del Desastre?

yo no.

pero puedo ser la historiadora de la tristeza. del
desastre de la tristeza.

es una historia circular.

177

2.

¿quién puede ser la Administradora del Desastre? yo
no.

pero puedo ser la administradora de la tristeza. del
desastre de la tristeza.

no es un desastre grande. un desastre-tsunami. es un
desastre más bien pequeño.

⁵ Tina Zerega Garaycoa (Guayaquil, 1976). Estudió Redacción creativa en la Universidad Casa Grande. Es docente, investigadora en áreas de educación, comunicación, y teoría crítica digital en la Universidad Casa Grande. Fue tallerista de Miguel Donoso Pareja.

un derrame de sopa fría.
un patio sucio con flores lilas.
la peste del cadáver de un conejo.
una turbina de avión que cayó del cielo.

3.

mi tristeza elige sus fondos musicales. usualmente un
son cubano. prefiere
voces también oscuras. voces negras. las voces de Chan
Chan. hace sus propios arreglos.
odia la trompeta, por ejemplo. le resulta demasiado
feliz.

178

mi tristeza elige sus fondos musicales.
odia el acordeón. pero lo perdona en el tango.
en Queremos paz. porque es un acordeón fuerte e
impreciso. como mi tristeza.
que quiere construir una vida mejor para su pueblo.
como mi tristeza. pero no sabe cómo.
cómo lidiar con su propio pueblo. con el pueblo-
tristeza.
con el desastre del pueblo-tristeza. con el desastre de
la
nación-tristeza. cómo cambiar su historia circular.

4.

mi tristeza elige sus fondos musicales.
sabe lo que hay que saber del juego de las lágrimas.
ella inventó las reglas.

pero están prohibidas las maracas. y los pianos.
y los acordeones.

y se pueden usar solamente piezas oscuras. piezas
negras. que avanzan huérfanas.

mi tristeza elige sus fondos musicales. cierra con
Yo-Yo Ma.

prefiere los chelos.

entre los que ella, oriental, camina.

con su tarrina metálica de fideos. y su pelo recogido
y negro. no puede quitar los ojos de ella. de los
ojos rasgados de ella. que camina lentamente. como mi
tristeza.

imprecisamente. como mi tristeza.

con una tarrina de sopa fría. como mi tristeza. que
se bambolea. en una mano.

no en cualquier mano. en una mano también huérfana.
no en cualquier callejón.

en el callejón chino del pueblo-tristeza. de la
nación-tristeza. con fondo de chelo.

no de cualquier chelo. el chelo de Yumeji.

5.

la tristeza son los ojos.

los ojos que miran las fotos de la infancia.

que miran los ojos de las fotos de la infancia. y se
sorprenden. porque ya no son los mismos

como las flores moradas. más-bien-lilas. que
abandonaron su árbol un día. y ahora cubren el único
patio.

descoloridas. amarillentas.

6.

la tristeza me ha prometido una muerte joven. he jurado
su bandera en el patio chino. cantado su himno de
chelos.

aprendido las reglas del juego de las lágrimas.
aprendido a hablar su lengua muerta.

la tristeza me ha prometido una muerte joven.

y recoger los restos de la turbina de avión que cayó
del cielo. y un reemplazo para el cadáver de conejo.

cerrar la herida de la que sangro amarilla. la dama
tristeza me ha prometido.

180

espero cumpla.